
El Baile de Ña Casiana

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7609

Título: El Baile de Ña Casiana

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 26 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 26 de agosto de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Baile de Ña Casiana

A Héctor Gómez.

Allá por las puntas del Yaguary, cerca de la frontera brasileña, en el foñdo de un vallecito rodeado de sierras poco elevadas, pero sucias y escabrosas, estaba el campo de Elviro Santanna Riveiro Silveira da Sousa.

Doscientas cuabras de campo ruin, mal cercadas por un alambrado de tres hilos, en muchas partes cortado, flojo y con postes quebrados ó caídos, en la casi totalidad de su extensión.

Trescientas ovejas criollas, comidas por la sarna; dos yuntas de bueyes; media docena de lecheras escuálidas, cinco matungos lanudos, y un enjambre de perros, constituían la hacienda de la «Estancia».

Unos ranchos chatos, negros, despeinados, huérfanos de árboles, de jardín y de huerta, rodeados de ortigas, abrojos, cepa caballo, baldeana, cicuta y malvaviscos, eran «las casas».

Los vecinos decían: la «chacra» del portugués.

Pero Elviro Santanna Riveiro Silveira da Sousa, que, efectivamente, era portugués, decía: «Minha Estancia!»

Elviro era un viejo grandote, gordo, enormemente haragán, superlativamente sucio. Su larga melena y sus copiosas barbas, sabían del peine lo que saben del hacha las selvas amazónicas.

Su mujer, ña Casiana, era una china petiza, gorda y panzona, activa, siempre en movimiento, pero más rezongona que negra vieja y más zafada que pilluelo de arrabal.

Trabajaba sin cesar y sin cesar echaba sapos y culebras, insultando al haraganote de su marido, quien, con tal de no hacer nada, soportaba los insultos con soberana indiferencia. Con eso, y con tener caña y tabaco,

era feliz.

El 5 de diciembre, santo de ña Casiana, había baile todos los años, y en aquel año ella esperaba una fiesta suntuosa. Había muerto cuatro gallinas, asado dos lechones, hecho cinco docenas de pasteles y un fuentón de arroz con leche.

Desde temprano empezó á preparar la sala. Elviro, á la fuerza, la ayudaba. Con gran fatiga, fué colocando los escaños contra los muros, después dijo:

—Y'ast'a!... Ainda un bocadinho mais y tudo fica arranyado!... ¡uff!... ¡Vida arrastrada!... ¡Mesmo para divertirse carece trabalhar!... ¡Uff!...

Ña Casiana interrogó sin mirarlo:

—¿Ande pusiste el escaño chico?...

—La, na esquina.

—¡Hombre túpido!... ¡Si no tiene geito pa nada!... ¡No sirve ni pa espantar moscas, y ande mete la pata salta el barro á la fija!.. ¿Te parece lindo asina?

—Mulher, eu creiba...

—¡Salí, salí! ¡No te da el naipe pa nada!...

La china cogió el banco, lo dió vuelta, dejándolo en el mismo sitio, y exclamó con aire de suficiencia:

—¡D'esta laya!

—E o mesmo que eu fise...—aventuró el portugués; y ella encolerizada;

—¿Lo mesmo, no?... ¡Es claro!... ¿Como pa vos tanto da caracú que aceite'e pelo!...

—¡Ta bon... ta bon!...—murmuró él resignadamente..

—¡Salí de acá!... ¡salí de acá!... ¡Más mejor será que no hagas nada!...

—¡Eso e o que eu gusto!...

—¡Parece mentira!... Aurita no más van á comenzar á cáir los envitao y no hay ningún preparo hecho!... Se mi hace que no van á alcanzar los asientos, por que carculo que va venir gente como mundo...

—¡Con certeza!...

—Pueda que venga hasta el comesario...

—¡Nã tein dubida!...

—Y las muchachas del mayordomo Peralta.

—¡Pois eh!...

Ña Casiana había sostenido este diálogo ocupada en sus arreglos, dando la espalda á su marido. De pronto volviõse:

—¿Pero qu'estás haciendo, haragán?

—Estou descansando.

—¡Picando tabaco sobre el escaño ricién lavao!... ¡Si serás cochino!... ¡Animal desasio!...¡Con vos, con el gato barcino y con la perra tuerta nanea se puede tener limpia la casa!...

Él quiso protestar:

—¡Ora isto, senhora, ora isto!

Ella, amenazándole con la escoba, ordenó furiosa:

—¡Mandate mudar de aquí, portugués caspudo!

—¡Sosiega, mulher, sosiega!...

Y se apresuró á salir, sin más protestas...

Pasaban las horas y no llegaban más invitados que cuatro negras y media docena de gurises atraídos por la perspectiva de la comilona.

Comenzó á declinar la tarde; llegó la noche: nadie.

Ña Casiana estaba hecha un basilisco. ¡Semejante desaire á ella!...

—¡Eiviro!... Elviro!...—comenzó á gritar.

A las cansadas apareció el portugués, bostezando y restregándose los ojos.

—¿Qué e o que pasa, mulher?...

—¿Qué pasa?... ¿No ves lo qué pasa?... ¡Qué no ha caído ningún invitao!...

—¡Melhor!... ¡Mais leite para o ternero!... ¡Mais caña para mí!...

—¿Con que mejor, no?... ¡Hacerme á mí ese desaire, toda esa punta de arrastraos y arrastradas!... ¡Hacerme ese poco caso á mí!...

Y luego, dejándose caer sobre un banco, y llevándose las manos á los ojos llenos de lágrimas, exclamó con infinita angustia:

—¡Ensuciarme el santo asina!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.